



COMPROMISO ADQUIRIDO

Jesús A. Losana

COMPROMISO ADQUIRIDO



Primera edición: noviembre de 2016

Quinta edición: septiembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús A. Losana

ISBN: 978-84-18958-14-4

ISBN digital: 978-84-18958-15-1

Depósito legal: M-26368-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la memoria de Antonio, Luisa, Juan y Romana.
Ahora más que nunca...*

AGRADECIMIENTOS

A mis dos grandes compañeros y amigos: Isaac, por su inestimable ayuda e ilusión en todo el proceso, y Luis, por su apoyo y entusiasmo en este proyecto.

Al cabo primero de la Guardia Civil Ángel J. Rubio, por su valiosa información, la cual ha hecho que la obra sea más realista.

A Juan Antonio Losana, Antonio Vaquerizo y, en especial, a Ana Fernández, por involucrarse tan detalladamente en su lectura, crítica y consejos.

También quiero agradecer muy afectuosamente a Araceli de la Cruz, Rosa María de la Cruz, María Luisa Losana, Antonio Escudero y Begoña Peñaranda, por su pragmatismo y valiosos puntos de vista.

Mis cordiales agradecimientos a Benjamín de Castro y a Almudena María, por sus consejos y, sobre todo, por hacerme ver lo que no creía.

La amistad es esa relación social que muchos humanos mantienen mientras la encuentran provechosa. Otros pensamos que, cuando es desinteresada, es eterna.

INTRODUCCIÓN

Desde aquella curva marcada una vez más por la tragedia, se podía observar al fondo, sobre una pequeña meseta asediada por un meandro del río, una panorámica de la espectacular Ciudad Imperial nombrada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Las vistas desde aquel punto ofrecían una perspectiva desde la cual sobresalía entre sus edificios el monasterio de San Juan de los Reyes, mandado a construir por los Reyes Católicos con forma de féretro para su eterno descanso, aunque sus restos nunca reposaron allí; a la derecha, la catedral, esplendorosa en su exterior y sin par en su majestuoso interior, y como punto geodésico de la ciudad, el alcázar, cuya historia data desde la época romana. Solo en los últimos tres siglos ha sido destruido cuatro veces: en la guerra de Sucesión fue incendiado por las tropas austriacas y en la guerra de la Independencia por las tropas de Napoleón. Apenas transcurridos siete años desde su reconstrucción, otro incendio fortuito acabó con él y, por último, tras su reconstrucción, fue devastado en la Guerra Civil. Más a la derecha y cruzando el Tajo, también se podía divisar la expectante Academia de Infantería, cuna de cadetes del Ejército español.

Aquella fatídica curva de vistas privilegiadas estaba flanqueada a su izquierda por un terraplén y a la derecha por un montículo rocoso y en el asfalto se podían observar las marcas de una aparatosa frenada que cruzaban el carril derecho y la cuneta. Siguiendo el rastro de aquellas marcas y bajo un guardarraíl de forma indefinible, se abría un pequeño barranco pedregoso. Al fondo, empotrado

contra una roca, yacía destrozado un precioso Mercedes-Benz 220 Ponton de color granate y crudo, del año 1956. Dentro de él, había dos cadáveres.

Uno de ellos era de un hombre de rasgos caucásicos de unos cuarenta y siete años, de complexión normal, con algo de barriga y alrededor de un metro setenta de altura. De tez y pelo moreno, bien cuidado y con la manicura hecha. Iba vestido con un pantalón vaquero, camisa de popelín blanca, un Barbour negro y guantes de piel negra, todo ello de marca. Estaba empotrado contra el parabrisas delantero derecho y tenía el cráneo destrozado. No llevaba encima ningún tipo de documentación, ni teléfono móvil, ni llaves; tan solo llevaba 571,50 euros en un bolsillo del pantalón.

El otro pertenecía a una mujer, también de rasgos caucásicos, de unos cuarenta años, guapísima y con un cuerpo perfecto. Tenía una larga melena rubia e iba muy bien cuidada en todos los aspectos. Vestía unos pantalones de montar a caballo *beige*, una ajustada blusa de hilo con cuello Mao y una torera marrón. Estaba situada en el sillón del conductor con el cuello roto, pues, a pesar de que tenía puesto el cinturón de seguridad, aquel vehículo, debido a su antigüedad, no llevaba reposacabezas. En su bolso, además de cremas y otros productos de tocador, había dos móviles y una cartera. Dentro de ella se encontraba su carné de conducir y el DNI en el que figura el nombre de María Teresa Jornet Marín, más conocida en su círculo social como Maite Jornet.

Esa trágica curva, mal peraltada y señalizada como punto negro, estaba aquella tarde muy concurrida, pues se encontraban aparcados en la cuneta un coche de bomberos, dos ambulancias, una furgoneta de atestados y dos coches de la Guardia Civil. Nada más ver el despliegue de medios y la rapidez con la que acudieron, se intuía que alguien importante había dentro de aquel vehículo.

CAPÍTULO 1

—López, ¿qué coño haces fuera de tu puesto? —susurró el capitán.

—Me estaba echando un cigarro —contestó en voz baja desde el fondo de la habitación.

—Y Fran, ¿dónde está? —preguntó malhumorado.

López se giró bruscamente y, al ver que no había nadie en su puesto, rápidamente tiró el cigarro y se dirigió raudo hacia la ventana, que era por donde entraba la escasa iluminación que proporcionaba una tenue claridad a aquella habitación, en la que solo se veían los led de los dispositivos electrónicos.

—Pues no sé, capitán, estaba aquí hace unos segundos.

El capitán Sánchez miró hacia otro lado para tratar de calmar su enfado, cuando en ese mismo instante apareció Fran.

—Os he dicho mil veces que nunca abandonéis vuestro puesto —susurró el capitán con notorias muestras de irascibilidad.

—Capitán, han sido unos segundos, he ido al coche a por la batería de repuesto para la cámara —murmuró tratando de disculpar su actuación.

—Haber avisado a López, ¡joder! —dijo ofuscado—. Mirad si hay alguna novedad.

López miró a través de la ventana con unos prismáticos.

—No, capitán, siguen estando en la puerta los dos mismos individuos.

Era la una y media de una noche fría y con bastante humedad, provocada por la niebla que envolvía aquel polígono industrial. A

los guardias les invadía un ligero tedio, pues llevaban desde las cinco de la tarde dentro de aquella nave, que estaba posicionada de frente a la que estaban vigilando.

—Román, ponte en contacto con el helicóptero para que nos confirme por dónde va el camión.

—Voy —contestó el teniente Román, que se hallaba en un rincón de aquel cuarto, sentado frente a un ordenador portátil con los auriculares puestos.

—No hace falta, capitán —intervino Fran alterado—. Acaba de entrar en la calle.

Sánchez se acercó sigilosamente a la ventana, cogió los prismáticos y se dispuso a seguir el camión con su mirada. Aunque su currículum en intervenciones de ese tipo era bastante extenso, cuando se acercaba ese momento, le invadía un estado de inquietud acompañado por un ligero temor por el desenlace de la operación.

—En el camión van dos personas —susurró el capitán a la vez que su ritmo cardíaco empezaba a acelerarse—. López, ¿hay algún individuo más? —preguntó sin apartar los prismáticos de sus ojos.

—No, solo hemos visto a los seis de antes y dos de ellos están identificados —respondió mientras se aseguraba el chaleco antibalas.

—Bien, ocho en total —verificó apartándose de la ventana—. Román, ¿está lista la Unidad Especial de Intervención?

—Sí. Me han comunicado que, en el momento en que les avise-
mos, se presentarán en un par de minutos —confirmó el teniente a la vez que se ajustaba el chaleco antibalas y se ponía el casco.

—Adviérteles para que estén preparados. Fran, tú te quedas en el dispositivo.

El guardia asintió desde la ventana sin dejar de mirar a través de los prismáticos.

—Capitán, el camión está entrando marcha atrás en la nave y han salido otros dos individuos y, a juzgar por el bulto de sus chaquetas, también van armados.

—Tranquilo. Vamos hacia la puerta, avisa a la UEI cuando...

—¡Capitán! —interrumpió Fran—. Acaba de entrar en la calle un coche a toda velocidad dando ráfagas de luz.

En ese instante se podían oír los latidos del corazón de todos los allí presentes que, a excepción de Fran, se hallaban pistola en mano al lado de una pequeña puerta que daba a la calle.

—¡Esperad! —ordenó Sánchez mediante un susurro mientras se dirigía hacia la ventana.

Una vez allí, observó cómo del coche salía a toda prisa un individuo que se acercó a uno de los vigilantes y le comunicó algo haciendo bruscos aspavientos. En ese momento el camión, que se hallaba casi dentro de la nave, paró de golpe su maniobra y comenzó a salir de ella con bastante premura. En ese instante, el capitán se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Fran, llama inmediatamente a la UEI y que unos sigan al camión y otros nos den apoyo. ¡Vamos a entrar! —exclamó desbordado.

—Capitán, ¿no sería más sensato esperar a que lleguen los de la UEI? —preguntó López mientras cargaba el subfusil.

—¡Esperar a qué! A que se dispersen todos. ¡Vamos...! —gritó a la vez que abría la puerta que daba acceso a la calle.

—¡Alto, Guardia Civil! —gritaron a todo pulmón.

Daba la sensación de que ese desgañado alarido, más que para hacerse oír, era un grito de guerra para soltar la adrenalina acumulada en aquel momento.

López se dirigió corriendo hacia el camión efectuando varios disparos al aire para que se detuviera, pero el conductor, en vez de parar, huyó del lugar a la máxima velocidad que le permitía el terreno. En ese instante, los cinco individuos que había fuera, antes de refugiarse en la nave, efectuaron varios disparos que afortunadamente no impactaron en ningún agente.

Con gran celeridad, los guardias se posicionaron a ambos lados de la puerta. En el lado derecho se encontraba el capitán con la espalda apoyada en la pared y la pistola en vertical sujeta por ambas manos. Al otro lado, se hallaban Román y López en la misma posición.

Sánchez miró su reloj, pero tan solo habían transcurrido escasos segundos, aunque a él le hubiesen parecido largos minutos.

—¡Entréguense, están rodeados! ¡No hagan ninguna tontería! —exclamó con gran énfasis.

Tras unos disparos que impactaron en el quicio de la puerta donde se hallaba el capitán, se oyó un ruido de cristales rotos. Román asomó su cabeza con un movimiento rápido y observó a dos individuos en la parte alta de unas estanterías que daban a una angosta ventana por la que pretendían huir, por lo que efectuó unos disparos disuasorios contra la pared para tratar de evitar su fuga.

Sánchez no paraba de dar vueltas en su cabeza a la identidad de aquella persona que les había puesto sobre aviso y estaba a punto de arruinar la operación. Nervioso, veía cómo aquel caso, al que tanto tiempo y trabajo le había dedicado, se iba al garete, por lo que decidió actuar antes de que aquellos individuos se le escaparan.

En ese instante, movió su brazo para llamar la atención de sus compañeros. Cuando estos miraron, mediante señales con la mano les indicó que entraran y se refugiaran tras unas estanterías y una máquina elevadora que se situaban a su lado, mientras él los cubría.

—¡No sean insensatos y entréguense! ¡Aún están a tiempo! —gritó Sánchez para tratar de distraerlos.

Román, que estaba tumbado en el suelo, con movimientos rápidos se asomó al interior de la nave varias veces y consiguió localizar la posición de varios de los individuos y los sitios donde protegerse. Desde su posición, comunicó mediante señas a su superior la posición de varios de ellos y seguidamente dirigió la mirada hacia su compañero.

—Cúbrete en la elevadora, yo iré hacia las estanterías —le susurró.

Sánchez levantó tres dedos y, mientras les volvía a advertir a todo pulmón que se entregaran, los fue bajando de uno en uno. Cuando acabó, Román y López entraron y ocuparon su posición bajo una lluvia de disparos.

Una vez localizados, Román comenzó a disparar, alcanzando a los dos individuos que pretendían escapar por la ventana, cayendo uno de ellos al suelo.

Bajo el ruido ensordecedor de los disparos, que retumbaban en la nave, el capitán Sánchez entró, impactando sobre él varios disparos que le hicieron caer. En aquel crítico momento llegó Fran y se posicionó en el lado izquierdo de la nave para ofrecer cobertura. Al observar que Sánchez había sido herido, los tres guardias comenzaron a disparar hacia todos los lados para cubrir la huida de su superior, que reptando alcanzó su posición.

A la vez que introducían nuevos cargadores en sus armas, Román dirigió la mirada hacia el capitán para que desde la distancia le informara de su estado. Mediante señas, Sánchez le comunicó que solo tenía un disparo en el muslo de su pierna derecha, los demás habían impactado en el chaleco.

—¡Entregaos antes de que haya más muertos, no seáis inconscientes! —gritó esta vez Román aprovechando un silencio.

La contestación fue un par de disparos que sirvieron a Sánchez para localizar al tirador y descerrajarle dos tiros, que hicieron que se desplomara. Román empezó a desplazarse en cuclillas a lo largo de la estantería hasta que localizó a otro individuo que permanecía oculto entre una pila de palés y que apuntaba en dirección a su superior. Al verle la cara, palideció e instintivamente se agachó, no podía dar crédito a quien acababa de ver. Dudando de su primera percepción, volvió a levantarse lentamente y lo observó por segunda vez. No había duda, era él. Por su mente solo pasaba la posibilidad de que estuviese de incógnito, pero en ese mismo instante oyó un disparo cercano que provenía del arma de aquel individuo. Levantó un momento la mirada y vio cómo a su superior se le doblaban las piernas hacia un lado y se desplomaba sobre ellas, dándose tal golpe al caer que su casco salió rodando. Automáticamente, el teniente reaccionó, se levantó como si de un resorte se tratara y lo apuntó a la cabeza con una inusitada rabia.

—¡Quieto, desgraciado, tira el arma! —exclamó con gran tensión.

El individuo lentamente se giró hacia él.

—¡He dicho que tires el arma! —le volvió a gritar con rabia.

—Román, ¿eres tú?

—En mi vida hubiese pensado esto de ti. Eres un bastardo hijo de perra —soltó lleno de ira mientras acariciaba el gatillo de su arma.

—Román, no te precipites, estoy aquí infiltrado —dijo el individuo en voz baja para tratar de calmarlo.

—¡No me jodas!, he visto cómo te cargabas a Sánchez. ¡Suelta el arma! No te lo repito más —le advirtió con gran tensión, sujetando el arma con ambas manos.

—Sabes que soy buen tirador y he errado los tiros aposta, lo habrá alcanzado otro.

En ese momento se veían los destellos de los furgones de la UEI a la vez que sus efectivos se desplegaban por toda la nave. Transcurridos escasos segundos, a través de un micrófono invitaban a los delincuentes a entregarse, aunque los disparos no cesaban.

—¡No te lo vuelvo a repetir! —exclamó con gesto de irascibilidad a la vez que presionaba suavemente el gatillo.

—Como quieras, pero te estás equivocando.

El individuo, perezosamente y sin apartar la mirada de sus ojos, se agachó para dejar la pistola en el suelo cuando se vieron sorprendidos por una ráfaga que impactó cerca de ellos. Instintivamente se agacharon, pero, cuando Román se incorporó, aquel individuo, desde la posición que mantenía, le descerrajó dos disparos; uno le impactó en el chaleco y el otro le acertó cerca del cuello. El teniente sintió cómo de repente se le nublaba la vista y aturdido se agarró al cajón de fruta que protegía su cuerpo, volcándose encima al desplomarse. Yaciendo sobre un charco de sangre y, antes de perder la consciencia, observó con su borrosa vista cómo aquel individuo corría hacia el fondo de la nave.

CAPÍTULO 2

Cinco años después.

16 de febrero: 14:40

Al borde de una curva donde se abría una importante depresión geográfica, se hallaban inmóviles un guardia y un cabo de la Benemérita en posición de descanso, con gesto serio y con la mirada ausente fija en el vehículo que yacía al fondo.

—Hace dos meses también estuve en esta maldita curva —intervino el cabo bajando la mirada hacia el suelo, acompañada de un reiterado movimiento de negación—. Otro accidente; iban cuatro jóvenes y dos de ellos fallecieron.

Se produjo un breve silencio tras el cual, con muestras de indignación, el cabo continuó hablando.

—Mira que me joden ciertas administraciones irresponsables, sabiendo desde hace años que esta curva está mal peraltada y que en ella ha habido varios accidentes con víctimas mortales, en vez de arreglarla, la marcan como punto negro y limitan la velocidad a setenta kilómetros por hora. ¡Lo más barato e insensato! —exclamó con énfasis—. Luego se desviven haciéndonos creer que su máxima prioridad es evitar accidentes. Y claro... para ello nos mandan a vigilar y sancionar, por supuesto sin afán recaudatorio —dijo con sarcasmo.

—Ahora que se ha matado alguien importante y cercana a ellos, seguro que la arreglan rápidamente —contestó su compañero in-

dignado—. Es de vergüenza, y luego se esfuerzan en hacernos creer que todos somos iguales, ¡una leche!

—Pues sí, esto parece funcionar así. Primero, se ven en la necesidad de recaudar. Segundo, buscan un problema existente. Tercero, conciencian a la sociedad del problema bombardeándonos con los medios de comunicación. Y cuarto, en vez de tratar de solucionar el problema por otros medios, abren una lista de sanciones y recaudan —expuso el cabo sin retirar la mirada del vehículo accidentado—. Puro marketing gubernamental.

Tras unos segundos de silencio absoluto, el guardia, con gesto de suma curiosidad, dirigió bruscamente la mirada hacia su compañero.

—Entonces, ¿es cierto que la mujer que conducía es la esposa de Manuel Ripol?

—Sí —respondió el cabo rotundamente—. Además, la han encontrado con un tío que no sabemos quién es.

—Será un amante, ¿no dicen que era un poco promiscua?

Ambos, con una mueca pícara, volvieron bruscamente la cabeza al escuchar el sonido de un coche que se les aproximaba. Expectantes, lo siguieron con la mirada hasta que se detuvo detrás de una de las ambulancias.

El vehículo era un Citroën C-4 camuflado, que se distinguía que era del cuerpo porque tenía encendidas en su interior las luces rotativas azules y rojas. Al parar el motor, salió del lado del acompañante un teniente de unos treinta y cinco años de edad, con marcados rasgos mediterráneos y con una altura que superaba la media. Era moreno y muy bien parecido, lucía un bigote militarmente recortado y un impecable uniforme, que a juzgar por cómo le sentaba, daba la sensación que había sido confeccionado a medida.

Una vez salió del coche, se irguió, estiró su guerrera hacia abajo y posicionando su tricornio entre el brazo izquierdo y el costado, empezó a caminar con paso firme y ligero en dirección a los guardias.

Simultáneamente, por el lado del conductor salió una joven de unos treinta años de edad, de belleza discreta y con un cuerpo de pasarela. Era tan alta como el teniente y lucía una media melena ondulada de color castaño. Iba ataviada con unos pantalones vaqueros y un abrigo corto abrochado hasta arriba que no permitía ver el resto de su atuendo. Al salir del vehículo, deslizó las manos sobre sus muslos para tratar de bajar sus ajustados pantalones pitillo y, posteriormente, se encaminó tras su compañero portando un maletín de laboratorio.

Mientras se acercaban a la pareja de la Guardia Civil que permanecía al borde del precipicio, el teniente se cubrió con el tricornio.

—Buenos días —saludó el oficial llevándose la mano derecha a la frente para efectuar el típico saludo militar.

Los guardias civiles se irguieron y le devolvieron el saludo.

—¿Quién está a cargo del accidente?

—El sargento Lázaro —respondió el cabo a la vez que lo señalaba con su índice.

Despidiéndose con un rápido y corto movimiento de arriba a abajo con la cabeza, el teniente y su compañera se dirigieron hacia el sargento, que se hallaba de espaldas charlando con un compañero y un sanitario de ambulancias. Al llegar a su posición, el teniente carraspeó.

—Buenos días —saludó con semblante serio.

El sargento y su compañero se dieron bruscamente la vuelta y lo saludaron marcialmente.

—Buenos días, teniente, usted dirá —preguntó el sargento.

—Somos el teniente Román Medina y la cabo Elisa Castillo de la judicial, nos manda el coronel Calellas para que nos hagamos cargo del accidente. ¿Es usted el sargento Lázaro?

—Sí —confirmó a la vez que asentía con la cabeza—, les estaba esperando.

Ante la atenta mirada de los allí presentes, el teniente Medina, sin desplazarse mucho de la posición donde se hallaba, echó un detallado vistazo a la zona del accidente. Luego se metió la mano

en el bolsillo de la guerrera y sacó una pequeña grabadora, pulsó el botón para ponerla en funcionamiento y se la acercó al sargento.

—Pónganos al día sin omitir ningún detalle.

—¿Lo va a grabar? Eso no es lo habitual —comentó el sargento sorprendido.

—Tranquilo, que no es nada oficial. Tengo tantas cosas en la cabeza que hay algunas que se me podrían colar, de esta manera no me pierdo ni el más mínimo detalle. Puede comenzar cuando lo desee.

Era un procedimiento habitual en él, siempre que no le pusieran muchas trabas. No lo hacía porque tuviese mala memoria, sino porque le gustaba oír las una y otra vez por si detectaba posibles incongruencias con el caso en sí. Tras una mueca de extrañeza, el sargento comenzó su exposición.

—Ese ciclista vio el accidente —volvió la cabeza para señalarlo—. Según su declaración, eran las catorce cuarenta e iba en sentido contrario al Mercedes cuando oyó un golpe a lo lejos y vio cómo al momento se salía el coche de la curva. Se acercó al barranco, les gritó varias veces y al no recibir respuesta llamó rápidamente al 112. Dice que en ningún momento bajó al coche, porque no tuvo tiempo, ya que en ese mismo instante aparecimos nosotros, que veníamos casualmente en su mismo sentido y nos paró. Cuando nos comunicaron el accidente por radio a las catorce cuarenta y nueve, nosotros ya estábamos aquí.

El sargento, a la vez que efectuaba un sonido gutural parecido a una *m* continua sin vocales, se quitó un momento la gorra, pasó su palma de la mano sobre su despejada frente y volvió a cubrirse. Luego giró la cabeza en dirección a su compañero y rápidamente continuó con su exposición.

—Mientras mi compañero señalizaba el accidente, yo bajé al barranco y, sin mover la posición de los accidentados, les examiné las constantes vitales, pero ninguno respiraba ni tenía pulso. No intenté la reanimación porque, además de haber pasado el tiempo reglamentario, se veía claramente que la mujer tenía el cuello roto y

el hombre el cráneo destrozado contra el parabrisas. Seguidamente tomé unas fotos del vehículo y de la posición de los accidentados. Nada más terminar, llegaron las ambulancias y el médico confirmó sus defunciones.

—Describame a los accidentados —ordenó el teniente Medina llevándose la grabadora a su boca.

—Uno es un varón de rasgos caucásicos, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años y de aproximadamente uno setenta de altura, de compleción normal y con algo de barriga. De tez y pelo moreno, con prominentes entradas y muy bien cuidado. Va vestido con un pantalón vaquero, camisa blanca, un Barbour negro y guantes de piel, todo ello de marca. Estaba empotrado contra el parabrisas delantero derecho y tenía el cráneo destrozado. Es obvio que no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Ante la atenta mirada del teniente, el sargento hizo un breve receso para volverse a airear la cabeza y limpiarse con un pañuelo el sudor que le caía por la frente. Pues, aunque era febrero, aquel día era claro y a esa hora el sol les azotaba de lleno.

—El otro cadáver es de una mujer, también de rasgos caucásicos, cuarenta y tres años según su DNI, medirá alrededor de metro setenta, delgada, melena rubia y muy bien cuidada. Iba vestida con unos pantalones de montar *beige*, blusa blanca ajustada y chaqueta corta marrón. Está situada en el sillón del conductor con el cinturón de seguridad puesto, pero tiene el cuello roto. Ese vehículo, al ser tan antiguo, no lleva reposacabezas —aclaró con gesto de circunstancia y el teniente asintió.

—¿Ha registrado los cuerpos? —preguntó Román.

—Sí. Con los guantes reglamentarios puestos —aclaró para facilitar su trabajo—, busqué en el bolso de la mujer y encontré dos móviles y su cartera, y dentro de ella el carné de conducir y el DNI que la identifica como María Teresa Jornet Marín. La mujer de don Manuel Ripol, el político —comentó con suspense.

—Ya, ya. ¿Ha encontrado alguna otra cosa relevante? —preguntó la cabo Elisa Castillo.

—Mmm... que yo haya visto, ¡no! —respondió el sargento encogiéndose de hombros.

—Por favor, prosiga —ordenó el teniente lanzando una mirada de atención a su compañera.

—Sin mover mucho al hombre, por el estado en el que se hallaba, lo registré y no llevaba nada, ni cartera ni móvil ni llaves. Tan solo llevaba en el bolsillo interior de su Barbour 571,50 euros. Cuatro billetes de cien euros, tres de cincuenta, uno de veinte y el resto en monedas. Tras registrarle, me llamó el coronel Calellas y le conté lo mismo. Me ordenó precintar el perímetro y que no se tocara nada hasta que llegaran ustedes. Y eso es todo, teniente.

El teniente apagó la grabadora y la guardó en el bolsillo de su guerrera. Estaba ensimismado dando vueltas al protocolo de actuación en estos casos, ya que hacía tiempo que él no seguía ningún patrón. Él siempre se movía por lógica e intuición, pero en este caso en particular que se trataba de un personaje público, no se podía permitir ningún error protocolario.

—¿Han venido ya el forense y el juez? —inquirió Román dirigiendo su mirada al sargento.

—El forense está allí abajo —señaló el fondo del terraplén—. El juez aún no ha llegado.

—¡Bien! Se va a quedar con ustedes la cabo Castillo, colaboren con ella en todo lo necesario. ¿Entendido?

El sargento asintió con la cabeza a la vez que le despidió con el habitual saludo militar.

—Elisa, sígame —ordenó el teniente a su compañera y se dispuso a bajar por el terraplén que daba acceso al coche accidentado.

Una vez allí, ambos efectuaron un exhaustivo reconocimiento visual.

—Te quedas al mando —dijo a su compañera con gesto de autoridad—. Cuando llegue su ayudante, que no tardará mucho, examinen escrupulosamente la escena y me documentan todo. Cuando el juez levante acta, que lleven lo antes posible los cadáveres al Anatómico Forense. Luego llamen a la grúa y que envíen

el coche al depósito para analizarlo —en ese instante efectuó un silencio meditativo mientras se atusaba su bigote con los dedos—. ¡Ah! Vayan también al club de hípica e investiguen la identidad del hombre que la acompañaba. Quiero en la mesa de mi despacho mañana a primera hora informes, fotos, declaraciones, atestado, identidades... ¡Todo, todo! ¿Queda claro?

—Se hará lo que se pueda, teniente.

Román se dio la vuelta y, ante la atenta mirada de los allí presentes, se dispuso a ascender la tortuosa cuesta que le separaba de la carretera. En ese momento, Elisa, en cuclillas, abrió el maletín mientras reflexionaba extrañada sobre el anómalo comportamiento que había tenido su compañero. Pues Román no se caracterizaba por ser una persona rígida y seca, sino todo lo contrario. Transcurridos unos segundos, mostró en su rostro una ligera sonrisa, tras pasar por su mente la posibilidad de que ese comportamiento se debiese al uniforme. Ya que habitualmente los de la UOPJ vestían de calle y siempre se había dicho que ese uniforme imprimía carácter.

Una vez que el teniente alcanzó la cima, paró durante un instante, sacó un pañuelo de su bolsillo y, descubriéndose la cabeza, secó el sudor de su frente.

—Qué calor, parece mentira que estemos en febrero —murmuró en soledad y se dirigió hacia su vehículo con paso firme y ligero, pero sin apartar su disimulada mirada de sus zapatos, que habían sustituido su original color negro brillante por un polvoriento tono blanquecino mate. Tras resoplar se agachó y, con el mismo pañuelo que se había limpiado el sudor, dio un ligero repaso a sus zapatos antes de subir al coche.

